



Universidad Nacional
de La Plata



Instituto de
Relaciones Internacionales



Departamento de
Medio Oriente

Título del Trabajo:

LA HISTORIA ANTIGUA DE PALESTINA A LA LUZ DE LAS
RECIENTES REVISIONES DE LA HISTORIA ANTIGUA DE ISRAEL.
ASPECTOS IDEOLÓGICOS

Autor:

Emanuel O. Pfoh¹

Ponencia presentada en las
Quintas Jornadas de Medio Oriente

La Plata, Provincia de Buenos Aires, Argentina

10 de noviembre de 2004

¹ Universidad Nacional de La Plata, Argentina

I

Es innegable que cada manera de interpretar el pasado afecta directamente el presente, precisamente porque siempre interpretamos el pasado desde una situación específica del presente. Sin caer en un subjetivismo absoluto, puede sostenerse con certeza que toda imagen del pasado que nos podamos hacer, ya sea a través de la memoria personal o colectiva de una sociedad como de una rigurosa metodología de investigación histórica, está irremediabilmente signada por las condiciones sociales, políticas, económicas, etc. en las que vivimos. En un sentido general, evocamos el pasado de acuerdo con nuestros intereses y necesidades; creamos el pasado para servir una particular situación presente. No significa esto que, no obstante la elusiva e inalcanzable objetividad de nuestra evocación de situaciones y eventos pasados, la investigación histórica sea un mero ejercicio de creatividad literaria. La investigación histórica crea una imagen del pasado pero a partir de los fragmentos que sobreviven hasta nuestros días: las realidades pasadas no existen más; solamente sus restos documentales o materiales nos quedan. En este sentido, la tarea del historiador se presenta un tanto problemática puesto que debe hacer frente a la ambigüedad de lo interpretado. Así pues, una vez más, el pasado que los historiadores crean a partir de la interpretación de restos documentales o materiales nunca será el mismo. Y, asimismo, afectará de diversas maneras las situaciones políticas en donde esas interpretaciones tienen voz. En definitiva, *"la construcción de la historia, escrita u oral, pasada o presente, es un acto político"*².

El reciente debate emplazado en los círculos académicos europeos y norteamericanos sobre la historia de Israel en la antigua Palestina ilustra de una manera eficaz estas consideraciones, especialmente a la luz de las negociaciones y conflictos entre palestinos e israelíes como trasfondo político contemporáneo. A lo largo de la década de los '90, la perspectiva de un grupo de investigadores centrados en la Universidad de Sheffield (Inglaterra) y la Universidad de Copenhague (Dinamarca) no solo alentó la polémica en torno a la historicidad de las narrativas contenidas en el Antiguo Testamento o la Biblia Hebrea sino que dio lugar de manera contundente a una nueva interpretación del pasado de Israel en la antigua Palestina ³. En síntesis, la convincente argumentación de estos

² K.W. Whitelam, *The Invention of Ancient Israel: The Silencing of Palestinian History*, Londres & Nueva York, Routledge, 1996, p. 11. La traducción es nuestra.

³ Usualmente referidos, estos investigadores, bajo el no siempre correcto o apropiado epíteto colectivo de Escuela de Copenhague. Véase al respecto Th.L. Thompson, *Early History of the Israelite People: From the Written and Archaeological Sources*, (SHANE, 4), Leiden, E.J. Brill, 1992; ídem, *The Mythic Past: Biblical Archaeology and the Myth of Israel*, Nueva York, Basic Books, 1999; P.R. Davies, *In Search of 'Ancient Israel'*, (JSOTSup, 148), Sheffield, Sheffield Academic Press, 1995 [1992]; K.W. Whitelam, *The Invention*, *op.cit.*; ídem, "Representing Minimalism: The Rhetoric and Reality of Revisionism", en A.G. Hunter y P.R. Davies (eds.), *Sense and Sensitivity: Essays on Reading the Bible in Memory of*

investigadores a través de un método historiográfico crítico sostiene que el pasado de Israel evocado en la Biblia no es histórico sino mítico; y ante la posibilidad de que las narrativas bíblicas evoquen hechos históricos (confirmados extra-bíblicamente), es evidente que esto ocurre de una manera tan distorsionada por la teología de los escribas bíblicos que la utilidad de estos testimonios en una construcción histórica moderna pasa a un segundo o tercer lugar⁴. Ciertamente, más de 150 años de investigación arqueológica en Tierra Santa no han hecho sino demostrar que la historia de Israel que podemos construir a partir de la información arqueológica y epigráfica de primera mano es muy distinta de la imagen que nos presenta la Biblia de un Israel “nacionalmente” homogéneo invadiendo Canaán, conquistando militarmente la región para, posteriormente, establecer una monarquía poderosa e imperial —un Estado-Nación, en los términos de la historiografía tradicional— por varios siglos, hasta la deportación de los israelitas por parte de los asirios y los babilonios. Arqueológicamente, no existen evidencias de una conquista masiva del país por parte de los antiguos israelitas; tampoco poseemos evidencias seguras de la existencia de una monarquía poderosa en lo que hoy constituye Cisjordania hacia el siglo X a.C.; no existen rastros epigráficos de un rey David —exceptuando una recientemente hallada estela conmemorativa que nombra una “Casa de David”⁵— o de su hijo Salomón; Jerusalén y su periferia en el siglo X a.C. era poco más que un conglomerado de aldeas y no la ciudad capital del imperio israelita que nos presenta la Biblia⁶. Si a esto añadimos que recientes estudios textuales datan los escritos que hoy constituyen el Antiguo Testamento hacia los siglos V y II a.C.⁷, esto es, más de mil años después de los hechos que la Biblia describe, constatamos que la narrativa bíblica no es un documento histórico de primera mano sino que evoca eventos de los cuales no fue testigo y a los cuales no tenemos manera de probar como históricos.

En definitiva, arqueológicamente la historia que podemos escribir del antiguo Israel es la de una pequeña entidad sociopolítica en las tierras altas de Palestina que existió entre *ca.* 900 y 732/22 a.C., época esta última en

Robert Carroll, Sheffield, Sheffield Academic Press, 2002, pp. 194-223; N.P. Lemche, *The Israelites in History and Tradition*, (LAI), Louisville, Westminster / John Knox Press, 1998.

⁴ Cf. también Lemche, *The Israelites*, *op.cit.*, pp. 22-34. De hecho, la Biblia posee una homogeneidad como documento histórico que se basa solamente en presupuestos histórico-culturales (religiosos); en términos literarios, los escritos que componen el Antiguo Testamento / la Biblia Hebrea son problemáticos, o al menos altamente ambiguos, como para atribuirles un contexto histórico seguro. Cf. al respecto E. Tov, *Textual Criticism of the Hebrew Bible*, 2da ed., Minneapolis, Fortress Press, 2001.

⁵ Al respecto, cf. N.P. Lemche y Th.L. Thompson, “Did Biran Kill David? The Bible in the Light of Archaeology”, *Journal for the Study of the Old Testament* 64, 1994, pp. 3-22.

⁶ Cf. A. Ofer, “‘All the Hill Country of Judah’: From a Settlement Fringe to a Prosperous Monarchy”, en I. Finkelstein y N. Na’aman (eds.), *From Nomadism to Monarchy: Archaeological and Historical Aspects of Early Israel*, Jerusalén, Israel Exploration Society, 1994, pp. 92-121.

⁷ Cf. N.P. Lemche, “The Old Testament—A Hellenistic Book?”, *Scandinavian Journal of the Old Testament* 7/2, 1993, pp. 163-193; Davies, *In Search*, *op.cit.*; Thompson, *The Mythic Past*, *op.cit.*

que la zona pasó definitivamente a manos del poder militar asirio⁸. En Palestina, no se volverá a hablar de Israel como entidad sociopolítica autónoma sino hasta 1948 d.C., con el establecimiento del moderno Estado de Israel. Por su parte, la zona de Judá incluyendo Jerusalén, parece experimentar un considerable desarrollo económico y demográfico recién a partir de fines del siglo VIII a.C.⁹ Ambas regiones, pues, parecen tener una historia distinta a la descrita en la Biblia. En definitiva, las tradiciones bíblicas han sido escritas muchos siglos después de los eventos que sus páginas evocan (¡si es que estos eventos sucedieron en absoluto!) como para depositar nuestra confianza histórica en ellas, y su propósito reside más en una vindicación religiosa del camino que deben seguir los verdaderos siervos de YHWH, la divinidad del judaísmo primitivo, que en un detallado informe histórico sobre la historia de Israel en fuera y dentro de Palestina desde Abraham hasta el Exilio a Babilonia. La historia de Israel presente en la Biblia es un mito etiológico, es la manera en que los antiguos teólogos judíos de la segunda mitad del primer milenio a.C. se explicaban a sí mismos y a su comunidad religiosa quiénes eran y cómo debían comportarse¹⁰.

II

Podemos puntualizar ahora un par de cuestiones relativas a este debate que influyen directamente en la moderna situación política de Israel/Palestina: *a)* la idea de una nación israelita en la antigüedad oriental del primer milenio antes de Cristo, conjuntamente con *b)* la suposición de la existencia de una etnicidad definida, capaz de ser identificada en el registro arqueológico, a partir de la cual puede distinguirse de manera precisa la cultura material israelita de la cultura material cananea.

Veremos que ambas cuestiones son usualmente percibidas de manera errónea y la utilización política que en la actualidad se hace de ellas no tiene fundamentos sólidos, ni históricos ni arqueológicos.

a) La idea de una nación israelita en el primer milenio anterior a la era cristiana está marcadamente influenciada por el trasfondo cultural de los primeros investigadores modernos de la historia bíblica. No hay dudas de que el relato bíblico del reino de David y Salomón fue percibido desde fines del siglo XIX en adelante a partir de la idea occidental de Estado-Nación, tal como ésta se manifestaba en la escena política e ideológica de la Europa de

⁸ Sobre el reino de Israel a partir de la información arqueológica y epigráfica de primera mano, véase I. Finkelstein y N.A. Silberman, *The Bible Unearthed: Archaeology's New Vision of Ancient Israel and the Origin of Its Sacred Texts*, Nueva York, The Free Press, 2001, pp. 149-225. Cf. también M. Liverani, *Oltre la Bibbia. Storia antica di Israele*, Bari, Laterza, 2003, pp. 117-142.

⁹ Cf. Finkelstein y Silberman, *The Bible Unearthed*, *op.cit.*, pp. 229-250; Liverani, *Oltre la Bibbia*, *op.cit.*, pp. 143-158.

¹⁰ Cf. Davies, *In Search*, *op.cit.*, pp. 72-127, 149-155.

ese entonces¹¹. Es explicable, pues, que una lectura literal del relato bíblico de la Monarquía Unida contemplara la idea de la consolidación de una nación israelita, diferenciada de los vecinos, en conjunto con el surgimiento de una formación estatal. No obstante, tal perspectiva conlleva serias dificultades. En primer lugar, el texto bíblico no puede ser interpretado literalmente. A pesar del esfuerzo de los estudiosos bíblicos de los últimos doscientos años por ofrecer una racionalización histórica de este relato de notable naturaleza mítica, hoy en día está claro que el historiador que utilice la narrativa veterotestamentaria en una reconstrucción histórica del Israel de la antigua Palestina debe hacerlo de manera secundaria, apelando a la corroboración en fuentes externas a los escritos del Antiguo Testamento. Así pues, si confrontamos el relato bíblico del surgimiento del Estado en el antiguo Israel con el registro arqueológico y epigráfico, veremos que dos perspectivas se hacen presentes. Una de carácter literario y mítico, que nos habla del origen divino del poder real; la otra de carácter arqueológico y epigráfico, la que el historiador puede utilizar con mayor confianza, al ser información que se interpreta de primera mano. El resultado de esta metodología nos indica que en la Palestina del primer milenio a.C. no hubo nada que se asemeje a una Monarquía Unida o a un imperio israelita soberano en la región. La entidad sociopolítica llamada *Israel*, atestiguada en el registro epigráfico, recién aparece hacia el siglo IX a.C. y dista bastante de poseer las características de un Estado-Nación. En realidad, la evidencia disponible nos indica que esta entidad estaba organizada a partir de lazos de parentesco, y su organización sociopolítica y jerárquica observaba los lineamientos de las sociedades "tribales", aún observables en el Medio Oriente contemporáneo. Hablar aquí de *naciones* o de *nacionalismo* es un anacronismo que puede conducirnos a comprender de manera equivocada la naturaleza de las sociedades del antiguo Oriente.

b) Por otra parte, y en relación a lo anterior, la cuestión de la etnicidad en la antigua Palestina es un problema resuelto parcialmente y que no deja de generar controversia. Es sabido que la detección arqueológica de artefactos israelitas o cananeos en el suelo palestino rápidamente se constituye en fundamento para reclamar políticamente la ocupación histórica primera de un territorio en disputa¹². Con todo, es harto difícil diferenciar la cultura material israelita de la cananea, puesto que ambas contienen características comunes. En un sentido estrictamente arqueológico, se

¹¹ Cf. Whitelam, *The Invention*, op.cit., pp. 122-175; Lemche, *The Israelites*, op.cit., pp. 1-21. La tierra en la ideología bíblica juega un rol específico en torno a la constitución de un *ethnos* judío en la Palestina helenística que fue posteriormente tomado por la ideología nacionalista del Romanticismo del siglo XVIII e incorporado al programa sionista. Cf. N.P. Lemche, "Israel og dets land", en N.P. Lemche y H. Tronier (eds.), *Etnicitet i Bibelen*, (FBE, 9), Copenhagen, Museum Tusulanums Forlag, 1998, pp. 11-22, esp. 17-21.

¹² Es realmente significativo el hecho de que una de las primeras acciones políticas de la Autoridad Palestina, poco tiempo después de ser establecida, sea la creación de un Departamento de Arqueología, con sede en la Universidad de Birzeit.

podría decir que ambas manifestaciones se encuentran sumamente emparentadas y pertenecen a grupos culturales interrelacionados¹³. En efecto, hoy en día es imposible sostener —sobre la base de esta evidencia arqueológica— la hipótesis de una conquista masiva de la tierra de Canaán por parte de aguerridos israelitas, comandados por Josué y guiados por el designio divino, como señala el texto bíblico (Josué 1-12); esta imagen bíblica simplemente no tiene un fundamento histórico o arqueológico. La cuestión aquí radica en el sentido que esta historia poseía para los autores y el público destinatario de la literatura bíblica; uno de los sentidos de esta narrativa es la de legitimar una posesión territorial y, con ella, la de afirmar los valores étnicos y sociopolíticos de una sociedad judía de fines del período helenístico, como señalan algunos investigadores¹⁴. En efecto, aquí podríamos afirmar con Thompson que *“la etnicidad es un aspecto político, no antropológico, de la sociedad humana [...] el concepto de etnicidad es una ficción, creada por los escritores. Es un producto de la literatura: un producto de la escritura de la historia. Como tal, pertenece a aquellos que hacen esta escritura”*¹⁵. A partir de esta perspectiva podemos inferir algo sumamente relevante: los antiguos israelitas que escribieron el Antiguo Testamento o la Biblia Hebrea no son los israelitas modernos; y, asimismo, los antiguos cananeos de Palestina no son los antepasados de los modernos palestinos. Esta distinción —obvia quizás para un historiador atento— es pasada por alto en las recreaciones políticas de los orígenes del pueblo israelita y del pueblo palestino que en la actualidad ofrece la ideología nacionalista de ambas organizaciones, el Estado de Israel y la Autoridad Palestina.

¹³ La cuestión de la identidad de los pobladores sedentarios de comienzos de la Edad del Hierro en Palestina (ca. 1150 a.C.) ha sido debatida en los años recientes de manera considerable. Ciertamente, podemos observar la ausencia de huesos de cerdo en los sitios atribuidos a los israelitas con respecto a su presencia efectiva en otros sitios contemporáneos (algo de denotaría la existencia de una prohibición alimenticia y así, quizás, una probable diferenciación étnica); con todo, esto no indica con seguridad que esos pobladores sean los israelitas bíblicos. Cf. I. Finkelstein, “The Rise of Early Israel: Archaeology and Long-Term History”, en S. Ahituv y E.D. Oren (eds.), *The Origin of Early Israel—Current Debate: Biblical, Historical and Archaeological Perspectives*, (Studies by the Department of Bible and Ancient Near East, vol. XII), Beer-Sheva, Ben-Gurion University of the Negev Press, 1998, pp. 7-39, esp. 18-20.

¹⁴ Cf. J. Strange, “The Book of Joshua: A Hasmonaean Manifesto?”, en A. Lemaire y B. Otzen, (eds.), *History and Tradition of Early Israel: Studies Presented to Eduard Nielsen, May 8th 1993*, (VTSup, 50), Leiden, E.J. Brill, 1993, pp. 136-141.

¹⁵ Th.L. Thompson, “Hidden Histories and the Problem of Ethnicity in Palestine”, en M. Prior (ed.), *Western Scholarship and the History of Palestine*, Londres, Melisende, 1998, pp. 23-24 (la traducción es nuestra). Sobre etnicidad y cultura material, véase S. Jones, *The Archaeology of Ethnicity: Constructing Identities in the Present and Past*, Londres & Nueva York, Routledge, 1997. Cf. también las consideraciones en T. Østigård, “The Bible and Believers, the Power of the Past and Antiquated Archaeology in the Middle East”, en J. Bergstøl (ed.), *Scandinavian Archaeology Practice – In Theory. Proceedings from the 6th Nordic TAG, Oslo 2001*, (Oslo Archaeological Series, 1), Oslo, University of Oslo, 2003, pp. 302-314.

En efecto, en la página de internet del Ministerio de Asuntos Exteriores del Estado de Israel podemos leer lo siguiente con respecto a la ciudad de Jerusalén:

“Throughout the millennia of its existence, Jerusalem has never been the capital of any other sovereign nation. Jerusalem has stood at the center of the Jewish people’s national and spiritual life since King David made it the capital of its kingdom in 1003 BCE. The city remained the capital of the Davidic dynasty for 400 years, until the kingdom was conquered by the Babylonians. Following the return from the Babylonian exile in 538 BCE, Jerusalem again served as the capital of the Jewish people in its land for the next five and a half centuries”.¹⁶

Y, a continuación, podemos citar estas palabras de Menahem Begin, ex-primer ministro de Israel:

“The partition of the Homeland is illegal. It will never be recognized. The signature institutions and individuals of the partition agreement is [sic] invalid. It will not bind the Jewish people. Jerusalem was and will be forever our capital. Eretz Israel will be restored to the people of Israel. All of it. And forever”.¹⁷

Sin duda, esta recreación —especialmente la idea de una continuidad ininterrumpida—¹⁸ es una fusión de elementos tradicionales de la religión hebrea (la importancia que tiene Jerusalén en el discurso teológico de la Biblia Hebrea como centro sagrado de culto) con propósitos políticos emanados de una tradición decimonónica europea de concebir lo nacional; esto es, toda Nación necesita un territorio en el cual cumplir su destino histórico, y esto fue rápidamente percibido por el sionismo europeo, que logró transformar con éxito un conjunto de escritos religiosos en un acta de propiedad territorial emitido por una divinidad y un sitio —sagrado a partir de sanciones religiosas— en un centro político secular para el moderno Estado de Israel. Este es el sentido, pues, de la afirmación de Begin acerca de Jerusalén como capital transhistórica del pueblo de Israel y de la reunión de la tierra de Israel y el pueblo de Israel.

¹⁶ <http://www.Israel.org/mfa/go.asp?MFAH00j30>, citado en D.M. Gunn, “The Myth of Israel: Between Present and Past”, en L.L. Grabbe (ed.), *Did Moses Speak Attic? Jewish Historiography and Scripture in the Hellenistic Period*, (JSOTSup, 317 / ESHM, 3), Sheffield, Sheffield Academic Press, 2001, p. 196.

¹⁷ Citado en N. Chomsky, *The Fateful Triangle: The United States, Israel and the Palestinians*, Boston, South End Press, 1983, p. 161. El resaltado es nuestro.

¹⁸ Excepto por los designios divinos: por ejemplo, el Exilio israelita a Babilonia.

El caso palestino tampoco escapa a nuestra atención. De igual manera que el sionismo de raigambre ideológica europea, aunque de factura posterior¹⁹, el deseo por confirmar la antigüedad del pueblo "palestino" en Tierra Santa también ha sido explicitado. Para evitar citar de manera abusiva los estudios sobre el nacionalismo palestino, ofreceremos la cita de una breve reseña histórica de Palestina que se encuentra en la página de internet de la representación diplomática de la Autoridad Palestina en Argentina. En ella se sostiene:

"Palestina-Canaán es una tierra mística y de invasiones, Tierra Santa y antigua, cuna de profetas y grandes sabios. Ella recibió al Padre de los profetas, Abraham (Ibrahim) para dar vida a su descendencia y en ella fue sepultado, En ella nació, predicó, murió y resucitó el palestino Isa (Jesús). Desde ella se elevó a los cielos el profeta Muhammed (Mahoma). Hacia 4000 a.C. grandes oleadas de semitas árabes se dirigieron de la península arábiga hacia las regiones conocidas como Siria, Egipto y la actual Palestina. Integrantes de esas migraciones, los cananeos habitaron esta última y le dieron su nombre: tierra de Canaán. Pronto Canaán vio brotar en su suelo ciudades densamente pobladas y muy bien organizadas. Muchas de ellas existen actualmente: Jericó, Affoula, Hebrón, Nablus, entre otras. Una rama de los cananeos, los jebuseos, fundaron 3500 años a.C. la ciudad de Salem (Jerusalem), fortaleza amurallada que honraba al dios de la paz, Salem. Con el paso de la historia Jerusalem se convirtió en la principal ciudad administrativa, política y económica de Canaán -más adelante Palestina-- por obra de la llegada de los filisteos, en 1175 a.C., procedentes de Creta y Asia Menor. Ambos pueblos, cananeos y filisteos, se fusionaron armoniosamente y adoptaron el definitivo nombre de palestinos-filestinie. Su tierra se llamó desde entonces Palestina-Filestin. Palestina de cananeos, jebuseos y filisteos; de la genealogía palestina y de los arameos, amorreos, hititas, hebreos, jivitas y perizitas. Tierra de una fuerte riqueza natural que duerme sus costas sobre el Mar Mediterráneo. Tierra absorbida e invadida a lo largo de su historia. En 1020 a.C. fueron los hebreos; los persas en 538 a.C.; los macedonios en 332 a.C.; los hebreos macabeos en 160 a.C.; los romanos en 37 a.C.; nuevamente los persas en 614, cuyas fuerzas tenían fuerte presencia hebrea; los cruzados en 1099; los otomanos en 1516; los británicos en 1917, los sionistas desde principios del siglo veinte y los israelíes en 1967. Palestina también tuvo oleadas civilizadoras, como la de los bizantinos que en el 324 de nuestra

¹⁹ En efecto, podríamos indicar *grosso modo* que el sionismo tuvo irónicamente como resultado secundario el surgimiento del nacionalismo palestino; aunque como indica I. Pappe en una historia de Palestina de reciente aparición (*A History of Modern Palestine. One Land, Two Peoples*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, p. 50): "If Zionism accelerated the crystallization of Palestinian nationalism, it did not as yet create the coercive national atmosphere necessary to force individuals to compromise their personal interests in the face of a collective will".

era construyeron la Basílica del Santo Sepulcro de Jesús. Incluso el principio de la conquista otomana, liderada por el Sultán Soleiman Al Azzem "El Magnífico" (1520-1566), fue un hito civilizador: reconstruyó, las antiguas murallas y las ocho puertas de Jerusalem que se mantienen intactas hasta la actualidad. Sin embargo el carácter árabe de la región se consolidó definitivamente en Palestina en 638, con la noble conquista islámica por parte del generoso Califa Umar Ben Al Jattab, quien introdujo el alto espíritu de la tolerancia y la moderación musulmana. A partir de esa instancia distintas dinastías árabes de Siria (661), Irak (750), Egipto (1260), pasaron por Palestina y la embellecieron: grandes Mezquitas como la de La Roca y el Aksa, en Jerusalem, fueron construidas por el Califa Abdel Malik en 668 y su hijo Walid en 705 respectivamente. Otro de los grandes protagonistas de la saga árabe, Salah El Din Al Ayyubi (Saladino), reconquistó Jerusalem en 1187, impuso mayor tolerancia religiosa en la región y fundó en la ciudad la universidad-mezquita conocida como Madraza".²⁰

En extremo revelador, este texto nos aporta importantes puntos a partir de los cuales considerar cómo el pasado es interpretado políticamente. En primer lugar, podemos observar cómo una genealogía religiosa es construida: Abraham (Ibrahim) y Jesús (Isa) son "proto-palestino", el primero, y "palestino", el segundo. En segundo lugar, la adjetivación de "árabe" a la oleada de pueblos semitas que ingresaron a Medio Oriente hacia el cuarto milenio a.C. es absurda puesto que no hay manera de conocer el carácter étnico específico —esto es, cómo una sociedad se percibe a sí misma— de estos pueblos semitas²¹. En tercer lugar, observamos cómo se afirma que la ciudad de Jerusalén fue fundada por los cananeos. Y en efecto, la evidencia disponible parece indicar que así fue. Con todo, el problema aquí sigue siendo el de considerar a los antiguos cananeos como antepasados directos de los modernos palestinos. Desde esta última perspectiva, está claro que la intención es señalar la propiedad de Jerusalén como históricamente palestina. Otro punto importante a destacar, y en cuarto lugar, es la mención de la llegada de los filisteos a Palestina y su "fusión armónica" [¡sic!] con los cananeos, dando lugar al origen del nombre del territorio: *Filestin*, Palestina. A continuación se nombran otros pueblos que también llegan a Palestina desde el exterior (entre otros, los hebreos o israelitas), pero ahora son sencillamente representados como invasores. Ante esta suposición arbitraria, debemos indicar que los estudios arqueológicos del último cuarto de siglo sugieren que los antiguos israelitas formaban parte de la matriz cultural cananea — como habíamos indicado más arriba con relación a los rasgos de la cultura

²⁰ http://www.palestina.int.ar/historia/res_historica/histo.htm. Esta reseña histórica está hecha por el actual embajador Suhail Hani Daher Akel.

²¹ Cf. Thompson, *Early History*, *op.cit.*, pp. 171-177.

material— y su aparición en la historia de Medio Oriente hacia los siglos XII-X a.C. puede interpretarse mejor como una fase del ciclo de sedentarización-nomadización de todos los pueblos del Levante antes que como una invasión de una entidad extraña a Palestina²². En el mismo sentido, podemos cuestionar la veracidad de la sugerencia de que la nómina de pueblos no-árabes que ocuparon Palestina a partir del siglo X a.C. aproximadamente (hebreos, babilonios, persas, griegos, cruzados, turcos otomanos, británicos y sionistas), no ha aportado nada a la historia de la región más que elementos negativos²³.

De igual manera —quizás más todavía— que en la evocación del pasado del antiguo Israel que hace el moderno Estado de Israel, puede percibirse claramente el esfuerzo de la Autoridad Palestina por crear una continuidad ininterrumpida entre los antiguos cananeos y los modernos palestinos. No obstante, es aquí donde el historiador puede ejercer como árbitro que dictaminará lo históricamente probable o evidente de tales evocaciones políticas del pasado. En primer lugar, estudios recientes indican que el término “cananeo” en el antiguo Oriente no designó una característica étnica en Palestina sino, más bien, territorial o geográfica; y, del modo en que es utilizado por los escritores del Antiguo Testamento, está claro que el rol de los cananeos en esta narrativa es el de ser los enemigos ideológicos de los antiguos israelitas²⁴.

Es aquí donde puede señalarse que si el actual conflicto palestino-israelí tiene raíces bíblicas, estas raíces son ideológicas (no históricas) y producidas en tiempos modernos. El escrutinio histórico de las sociedades de la antigua Palestina no nos ofrece un enfrentamiento concreto entre un *ethnos* israelita y un *ethnos* cananeo. Este enfrentamiento es creado por una interpretación política del pasado bíblico, tanto por parte de los modernos nacionalistas israelíes de derecha (nos referimos a las facciones religiosas ultra-ortodoxas) como por parte de los nacionalistas palestinos. En relación a esto, Keith W. Whitelam, en *The Invention of Ancient Israel: The Silencing of Palestinian History* (1996), ha demostrado de manera convincente cómo la fusión de nacionalismo decimonónico europeo y fervor

²² Este último punto de vista repite la idea bíblica de una conquista israelita de la Tierra Santa que, como ya notamos, no está atestiguada en lo absoluto.

²³ Es evidente que una narrativa polarizada entre “buenos y malos” no puede constituirse como el objeto de construcción histórica en un estudio serio —o, al menos, profesional y metodológicamente moderno—, que contemple la complejidad de los procesos históricos; nos habla más de la pervivencia de la concepción de las sociedades antiguas de lo pasado (cf. N.P. Lemche, “Good and Bad in History: The Greek Connection”, en S.L. McKenzie y Th. Römer (eds.), *Rethinking the Foundations: Historiography in the Ancient World and in the Bible. Essays in Honour of John Van Seters*, [BZAW, 294], Leiden, E.J. Brill, 2000, pp. 127-140) en ciertos discursos políticos contemporáneos. Puede verse una (re)construcción arqueológica e histórica de Palestina desde el periodo Paleolítico hasta el del Mandato Británico en Th.E. Levy (ed.), *The Archaeology of Society in the Holy Land*, Nueva York, Facts on File, 1995.

²⁴ Cf. N.P. Lemche, *The Canaanites and Their Land: The Tradition of the Canaanites*, (JSOTSup, 110), 2da ed., Sheffield, Sheffield Academic Press, 1999 [1991].

religioso de los primeros investigadores de Palestina abrieron el camino para la ocupación israelí de Palestina, alcanzando su clímax en 1948 con la creación del Estado de Israel y en 1967 con la ampliación de la ocupación territorial luego de la Guerra de los Seis Días²⁵. Con todo, la asunción que uno puede inferir al leer el estudio de Whitelam acerca de que los antiguos cananeos tienen un cierto correlato con los modernos palestinos es —una vez más— una aseveración errónea. Y no sólo eso; ciertamente, puede proveer una legitimidad histórica inexistente —como ya señalamos— a la violencia producida por los reclamos territoriales²⁶. Esta violencia tiene causas que si son históricas, son ciertamente modernas; en todo caso, la ideología que fundamenta el accionar de palestinos e israelíes se basa en una interpretación errónea, con motivaciones políticas del presente, de la evidencia histórica. Si bien los modernos estudios históricos acerca del antiguo Israel han puesto en jaque el mito de los orígenes del sionismo decimonónico y el nacionalismo de derecha israelí —la idea de un *ethnos* israelita ocupando Palestina a comienzos del primer milenio a.C.—, es un error asimismo considerar que la crítica de estos estudios avala una confirmación de los antiguos cananeos como “primitivos palestinos”, como sugiere la interpretación histórica que hace la Autoridad Palestina.

III

Para finalizar esta comunicación, deseo puntualizar algunas cuestiones de método historiográfico y de interpretación de la historia de la antigua Palestina.

De la misma manera en que una interpretación puramente historicista y literal de la narrativa del Antiguo Testamento es metodológicamente absurda para cualquier historiador que se precie de crítico, tampoco podemos utilizar la evocación del pasado presente en el Corán como guía de nuestra construcción moderna del pasado de Palestina. Ciertamente, ambos textos sagrados recrean y evocan, aquí y allá, hechos históricos; sin embargo, sus propósitos son, en efecto, otros que los de relatar los acontecimientos “tal como han sucedido”. Esta aspiración es el “capricho” y objeto del deseo que define a la disciplina histórica moderna y no debe ser impuesta en sociedades no interesadas en esta práctica intelectual, la de evocar el pasado de manera racional. Recordemos siempre que las sociedades que produjeron la Biblia Hebrea y el Corán eran sociedades de

²⁵ Sobre esta cuestión, cf. Pappé, *A History of Modern Palestine, op.cit.*, pp. 123-193.

²⁶ W.G. Dever (“Archaeology, Ideology, and the Quest for an ‘Ancient’ or ‘Biblical’ Israel”, *Near Eastern Archaeology* 61/1, 1998, pp. 39-52, esp. 50) ha notado esta posibilidad pero, ciertamente, de una manera hartamente tendenciosa y pro-israelí.

pensamiento mítico en las que el pasado era evocado mayormente con fines religiosos o pedagógicos, nunca historicistas²⁷.

La construcción histórica del pasado de Palestina en el antiguo Oriente debe estar guiada por la investigación arqueológica y epigráfica, fuentes históricas primarias; y en caso de utilizar el Antiguo Testamento en tal construcción, se lo debe hacer de manera crítica, dado el carácter secundario que ostenta como fuente histórica²⁸. Por supuesto, la historia que obtendremos siguiendo esta metodología será bastante diferente de la que podemos leer en la narrativa bíblica, o incluso en ciertos estudios históricos modernos. Pero así debe serlo; puesto que el objetivo del historiador es el de construir una historia a partir de sus propios métodos, ¡no a partir de una racionalización de una versión antigua y mítica del pasado de Palestina! En todo caso, al interpretar la historia de Palestina, no debemos confundir nuestro juicio histórico crítico con la voz detrás del discurso bíblico, una voz dirigida originalmente a una sociedad que ciertamente no es la nuestra.

Ahora bien, ¿qué consecuencias surgen entonces de esta interpretación del pasado de Palestina en el presente conflicto palestino-israelí, específicamente, en la construcción de las respectivas identidades culturales y de su pasado? Pues bien, no existe una única respuesta a esto; aquí solamente podemos ensayar posibilidades. En primer lugar, podemos asumir que las interpretaciones nacionalistas israelí y palestina no acordarán demasiado con la versión del historiador crítico. La razón es sencilla: la construcción política del pasado usualmente se basa en argumentos de orden ideológico que hacen caso omiso a las dificultades presentes en toda interpretación histórica. Se podría decir que el discurso político del pasado desdeña *lo pasado* una vez que satisfizo sus demandas para la acción en el presente. Se nutre de *lo pasado*, pero de manera parcial y tendenciosa; y si el pasado no cumple con las expectativas que de él se esperan, un pasado más acorde es simplemente inventado.

Una vez más, y vale la pena repetirlo: no debemos confundir el discurso ideológico o político del pasado con el discurso histórico del pasado, más allá de que este último posea —en definitiva— un inevitable matiz ideológico o sesgo cultural. De lo contrario, nunca podremos escapar de una situación en donde toda evocación del pasado será histórica y, en consecuencia, sanción de legitimidad de toda acción política en él fundada.

²⁷ Sobre las sociedades de pensamiento mítico, cf. en general C. Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001 [1962]; y, especialmente, N. Wyatt, "The Mythic Mind", *Scandinavian Journal of the Old Testament* 15/1, 2001, pp. 3-56.

²⁸ Sobre estas cuestiones, véase H. Niehr, "Some Aspects of Working with the Textual Sources", en L.L. Grabbe (ed.), *Can a 'History of Israel' Be Written?*, (JSOTSup, 245 / ESHM, 1), Sheffield, Sheffield Academic Press, 1997, pp. 156-165; E.O. Pfoh, "Algunas consideraciones historiográficas para la historia de Israel en la antigua Palestina", *Eridu* 8, 2002, pp. 2-16.

En este preciso sentido, nos preguntamos pues: ¿cuáles son las implicaciones ideológicas y políticas, por ejemplo, del hecho que el fundador epónimo de la Bit Khumriya (Omri) sea asociado con un nombre árabe (*Umar*, u Omar) y, en consecuencia, que aparezca la posibilidad de pensar que el fundador, histórico o epónimo, de la primera entidad sociopolítica de la historia de Palestina llamada "Israel" haya sido un árabe, como señalan algunos investigadores?²⁹ ¿Acaso una interpretación política actual de esta situación histórica no podría proveer la fundamentación final para otorgar todo el territorio de Palestina/Israel a manos árabes?

¿O qué sucede si interpretamos literalmente los versículos del libro de Josué (1-12) en donde se conquista la Tierra de Canaán por mandato divino y se realiza una limpieza étnica de la población que allí habitaba?³⁰

Es en este sentido precisamente que debemos evitar que una concepción ideológica o política del pasado desplace los resultados de la investigación histórica, especialmente por los peligros que conlleva una lectura literal de tradiciones antiguas que no tienen como destinatario original un público moderno. Con respecto a esto último, podemos citar las palabras del recientemente fallecido estudioso bíblico Michael Prior:

"Read with a literalist naïveté, the land traditions of the Bible predicate a god who is a xenophobic nationalist and a militaristic ethnic-cleanser. Reliance on the authority of a gift of land from such a god, then, is problematic for any reader who might presume that the divinity would entertain the values of the Fourth Geneva Convention and the Universal Declaration of Human Rights, at least. Moreover, at the level of reception, these biblical traditions have fuelled virtually every form of militant colonialism emanating from Europe, resulting in the suffering of millions of people, and loss of respect for the Bible. Were it not for their religious provenance, such biblical sentiments would be regarded as incitements to racial hatred. On moral grounds, therefore, one is forced to question whether the Torah in fact provides divine legitimacy for the occupation of other people's land, and the virtual annihilation of the indigenous peoples".³¹

No existe duda con respecto al derecho inherente a cada pueblo de recobrar su pasado del olvido, de recuperar los aspectos y las costumbres

²⁹ Cf. M. Noth, *Historia de Israel*, Barcelona, Garriga, 1966 [1950], p. 216 n. 3; y más recientemente, Lemche, *The Israelites, op.cit.*, p. 182 n. 35. Véase también Thompson, "Hidden Histories", *op.cit.*, pp. 23-24; ídem, *The Mythic Past, op.cit.*, p. 234. Esta posibilidad ha sido sugerida mas no estudiada en profundidad.

³⁰ Cf. M. Prior, "The Moral Problem of the Land Traditions of the Bible", en M. Prior (ed.), *Western Scholarship and the History of Palestine*, Londres, Melisende, 1998, pp. 41-81.

³¹ M. Prior, "Ethnic Cleansing and the Bible: A Moral Critique", *Holy Land Studies* 1/1, 2002, p. 50.

que definen su identidad. Con todo, el historiador de Israel en la antigua Palestina tiene la tarea moral de evitar que la construcción del pasado de Israel y del pasado de Palestina sea utilizada como derecho y justificación de limpieza étnica, de ocupación o de expulsión territorial. Toda evocación del pasado —decíamos al comienzo— es una manifestación política e ideológica; sin embargo, no toda evocación política del pasado es, por cierto, histórica. El historiador crítico debe mantener presente de manera pública esta distinción y evitar así que tal manifestación degenera en una legitimidad de la violencia interétnica o de cualquier tipo.